



La fortuna es
del audaz

Richard Dix



LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Año II

N.º 65

PARAMOUNT

25

Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

SPORTING GOODS 1928

La fortuna es del audaz

Exquisita comedia, interpretada por

RICHARD DIX y GERTRUDE OLMSTED



Es un film PARAMOUNT

Distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

LA FORTUNA ES DEL AUDAZ

Argumento de la Película

De vez en cuando, un viajero intrépido se aventuraba a internarse en California por el camino de Mojave, que era el más corto... y el más malo.

Un magnífico automóvil conduciendo al matrimonio Stanfield había pasado por aquel camino, pero tuvo que detenerse ante una inmensa charca que convertía la carretera en un lago.

El marido quiso pasar por ella; Maud, la mujer, se opuso terminantemente.

—¡No quiero perder la vida y el "auto" en esa charca inmunda, Timoteo!

—Maud, supongo que no querrás volverte atrás por esa balsita de agua.

—Si no me llevas por otro lado a la primera estación de ferrocarril me cogerá el desmayo más grande de mi existencia.

—¡Mujer!...

Un automóvil, desvencijado y viejo, se detuvo detrás de ellos. Lo guiaba Ricardo Shelly, un viajante de los Angeles, con dos trajes de golf de muestra y cuatro dólares en el bolsillo del pantalón... Era además inventor del "Elasto", un traje impermeable para golf.

Ricardo viajaba los trajes por cuenta de la "Fábrica Nacional de Tejidos", uno de cuyos principales consejeros era el señor Stanfield.

—¿Pasan ustedes o paso yo, señor Stanfield?—dijo Ricardo viéndoles parados en medio del camino.

—Joven, si no lleva usted salvavidas no se lance a ese piélago profundo... Para eso se necesita un automóvil que reúna condiciones marineras—dijo la señora Stanfield.

El coche de los Stanfield se apartó a uno de los lados del camino. Stanfield estaba furioso ante la cobardía de su mujer. ¡Tener que dar ahora una vuelta tan inmensa!

Acercóse a Ricardo y le dijo en voz baja:

—¡Hola, Shelly! ¿Me quiere usted hacer el favor de lanzarse al agua para probarle a mi señora que no hay ningún peligro?

—¡Claro que sí!—contestó Ricardo que adornaba su juventud con las peligrosas galas de la audacia.

Y se lanzó al charco... pero éste era tan hondo, tan profundo, que el coche y su conductor desaparecieron bajo el agua.

Los Stanfield quedaron viendo visiones.

—¿No te lo dije, Timoteo?—exclamó Maud,

horrorizada—. ¿Has tenido razón alguna vez en tu vida?

—¡Quién iba a pensar!... ¡Pobre chico!

—¿Y qué haces ahí parado? ¿Olvidas acaso que hay un infeliz que se está ahogando?

Cuando Stanfield acudió, ya el joven había salido del agua y oculto en un rincón se cambiaba de ropa, poniéndose uno de los trajes impermeables "Elasto".

Pasó otro coche por el agua... y cuando todos creyeron que desaparecería como el de Shelly, lo vieron llegar raudo y ufano a la otra orilla... Quedaron asombrados... Sin embargo, el enigma no era difícil de aclarar.. El coche hundido a flor de agua de Ricardo había sostenido al otro en su paso.

Stanfield fué a excusarse ante Ricardo por lo ocurrido antes y le dijo:

—¿Me quiere usted hacer otro favor? Ya que le hice perder su automóvil, ¿quiere usted llevarnos a la estación más próxima en el nuestro?

—Con mucho gusto—exclamó, ocultando el gran mal humor que le envolvía.

Subieron todos al coche que Ricardo guiaba. Y después de tragar media tonelada de polvo y de sufrir otras inclemencias, nuestros viajeros llegaron "a la estación más próxima".

El tren que los Stanfield tenían que coger estaba a punto de arrancar. La despedida fué breve y Stanfield dijo a Ricardo:

—Gracias por todo. Y deje el "auto" y el

equipaje que hay en él, en el Hotel Royalton, de Pasadena... El gerente lo guardará hasta que volvamos de San Francisco.

—¡Perfectamente, señor!

Y subió al coche para cumplir con rapidez su cometido.

Cerca de Riverside, una estación intermedia, se detuvo al ver un automóvil averiado.

Se ofreció por si era útil a una señora que hablaba con el chofer sobre la importancia de la avería.

—¡Y pensar que Bebé tiene que estar en Riverside antes de la una!...—dijo la dama.

—También yo tengo que pasar por Riverside... Si gusta, los llevaré a usted y a su bebé en mi automóvil—dijo Ricardo.

—¡Oh, sí, muchas gracias!... ¡Vamos, Bebé!...

Y salieron del coche, una hermosa muchacha y una perrita. Ricardo sonrió irónicamente... ¿Cuál de ellas sería el bebé?

Se presentaron...

—Soy Ricardo Shelby, de San Francisco...

—Esta es mi mamá... yo soy Alicia Strage...—dijo la muchacha.

Subieron al coche, Alicia al lado del joven, la mamá, como es costumbre, sola y detrás.

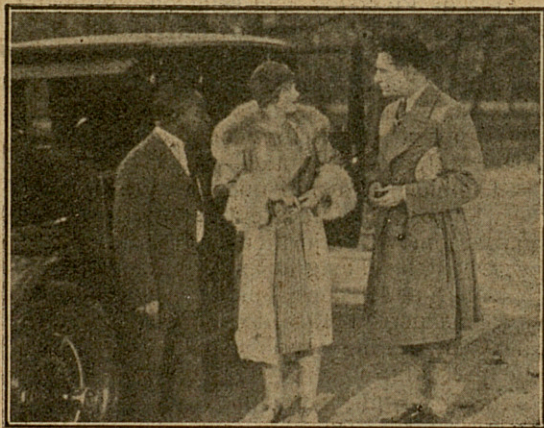
—El "roaster" es el tipo de coche que más me gusta... ¿Y a usted?

—A mí también—dijo Ricardo señalando el automóvil con orgullo de propietario sin acordarse de que no le pertenecía...—Acabo de

cambiar mi coupé por éste... El viejo se quedó en el agua...

La carretera iba paralela a la línea del ferrocarril. Pronto alcanzaron un tren, en el que viajaban los Stanfield...

Estos vieron aquel automóvil exactamente



—También yo tengo que pasar por Riverside...

igual al suyo y desde la ventanilla saludaron a Alicia y a su mamá.

Ricardo creyó que le saludaban a él y movió la mano, pero al notar el error la ocultó rápidamente.

—¿También usted conoce a mi tío Mr. Stanfield?—dijo Alicia.

Sonriente, dijo Ricardo:

—En una ocasión hice una pequeña transacción con él y lo saqué a flote...

—¿Es usted hombre de negocios?

—¡De bastantes!

¡Oh, no quería confesar que era un viajante humildísimo de trajes impermeables, y ante la bella muchacha, al verse por casualidad guiando un espléndido automóvil, quería echárselas de millonario!

A la una de la tarde llegaron a Riverside, en pleno país de los naranjos.

Bajaron del coche ante una finca...

Un joven salió a recibirles.

—Es Enrique Thorpe—dijo Alicia a Ricardo—. Me invitó a almorzar con él...

Luego dando la mano a Enrique que miraba con cierta hostilidad a Ricardo, ella dijo:

—Si estoy aquí se lo debo a Ricardo Shelby... Se lo presentó... El es un amigo íntimo de mister Stanfield...

Enrique le contempló fijamente... Aquella fisonomía no le era desconocida... Pero, ¿dónde la había visto, dónde?

Ricardo optó por marcharse.

—Tengo mucha prisa—dijo—. Necesito ir a Pasadena para tratar un asunto muy importante...

Despidióse de ellos y la propia Alicia fué a acompañarle hasta el coche,

Enrique con un mohín de celos, dijo a la madre de Alicia:

—No comprendo cómo a Alicia le interesa tanto ese joven sin conocerlo apenas.

—¡No te preocupes, Enrique!... Si no haces ninguna tontería, te prometo que esta misma semana anunciaremos tu boda con Alicia...

Mientras tanto, Ricardo, ya en el coche y con el prurito de aparecer millonario, dijo a Alicia:

—En Pasadena me alojaré por breve tiempo en el Hotel Royalton.

—¡Qué casualidad! ¡Precisamente nosotras vivimos en el Royalton con mi tío Timoteo Stanfield!

—¡Oh, cuánto me alegro!—dijo Ricardo sin turbarse.

—Está siempre tan lleno el hotel que no sé si encontrará habitación. ¿Por qué no la reserva por telégrafo?

—No pienso estar allí mucho tiempo... No me gusta envejecer en ningún lado.

—¡Espero que vaya usted al Royalton! Ya nos veremos allá...

El viajante se despidió de su nueva amiga y emprendió rápida marcha hacia Pasadena.

¡Cómo le gustaba aquella muchacha! Por ella se veía capaz de todo...

* * *

El Hotel Royalton era el más importante de la ciudad.

Ricardo se detuvo en él a fin de entregar el equipaje del señor Stanfield junto con el automóvil.

Llegó al "bureau" y dijo:

—¡Oh!—dijo el director—. ¡Es un gran honor para nosotros el alojarlo en el Royalton!... ¡El hotel entero está a su disposición!

—¿Ustedes conocían mi llegada?

—Acaba de telefonarnos la señorita Alicia dándonos cuenta de ella. Ya le tenemos reservadas las mejores habitaciones...

Ricardo no sabía qué partido tomar. ¡Marcharse diciendo que él no tenía dinero para permanecer en un hotel de tal categoría o afrontar las consecuencias y quedarse en él a ver lo que pasaba!... ¿Qué hacer?

No tuvo apenas tiempo de decidirse, pues un criado había quitado del automóvil el equipaje de los Stanfield...

Había que ser audaz... pasara lo que pasara. Y aunque carecía de dinero, optó por permanecer por el momento en aquel gran hotel...

Le mostraron la habitación que le destinaban: un cuento de hadas.

La aventura era de las extraordinarias y a lo mejor la acababa en la cárcel.

Dijo al criado que le subió el equipaje y que estaba esperando la propina:

—Le daré la propina a fin de semana, joven... Es lo que acostumbro.

El director se deshizo en cumplidos para el nuevo huésped, pues recomendado de Alicia, como millonario, había que servirle con toda esplendidez.

—El detective del hotel le vigilará a usted —dijo el director—. Así, si quisieran hacerle algún daño...

Luego le enviaron un ramo de flores con una dedicatoria que decía:

La Gerencia le da a usted la bienvenida.

Ricardo se estremeció. ¡Qué locura estaba cometiendo! A todo esto no llevaba apenas un céntimo y se horrorizó al ver el cartelito que había en el cuarto:

El precio de esta serie de habitaciones es de 50 dólares diarios.

¿Se había vuelto loco? Por permanecer al lado de Alicia, ¿afrontaba de aquella manera tal responsabilidad? La audacia era temeraria.

Se quedó con su pequeña maleta y transportaron el equipaje de Stanfield a otras habitaciones.

Horrorizado por lo que estaba sucediendo, pero tan enamorado que quería estar junto a Alicia, envió un telegrama a la casa comercial "Fábrica Nacional de Tejidos" pidiendo inmediata entrega de fondos.

Y esperó...

Aquella noche al salir de su cuarto encontróse en el corredor con Alicia que había llegado poco antes.

—Somos vecinos de habitación —le dijo ella—. La nuestra está al otro lado del pasillo y la de mi tío Stanfield junto a la suya... Dígame, ¿cenará usted con nosotros esta noche en el Comedor Rosa?

—¡Sí... sí!... —le dijo mirándola tiernamente. ¡Si supiera que por verla realizaba tales sacrificios!

—Ya es hora de ir a vestirse para la cena... Nos veremos luego en el comedor —dijo la joven.

Alicia se despidió y Ricardo volvió a su habitación... Hora de ir a vestirse... pero, ¿qué se vestiría?

No llevaba más que la ropa puesta y unos trajes impermeables.

Necesitaba ropa... ropa. Mas ¿cómo proporcionársela? En aquella habitación no había nada...

Abrió una puerta de escape y vio otra estancia en la que estaba el equipaje de los Stanfield. ¡Oh, si se atreviera!

Revolvió en unos armarios y maletas y en-

contró allí numerosos trajes de caballero. Los Stanfield vivían casi todo el año en aquel hotel y dejaban allí sus ropas.

Sin vacilar más vistió un elegante traje de smoking y se dirigió al comedor.

Alicia había recibido poco antes una carta que decía:

"En vista de la crisis financiera que estamos sufriendo, nos es imposible continuar efectuando remesas de dinero. En una palabra, la suerte de nuestras fábricas depende del éxito que tenga nuestro traje Elastó-Rweedo para golf.

Estoy esperando con ansiedad la llegada de su tío Mr. Stanfield para hablar con él personalmente de este asunto.

Muy atentamente,

Thomas Dwiggins, Gerente."

—La persona más indicada para aconsejarnos lo que debemos hacer es Ricardo Shelby—dijo Alicia—. Es una autoridad en asuntos financieros. Yo le hablaré.

Se dirigieron al comedor con Enrique que había llegado con ellas. Saludaron a Ricardo... Enrique de modo casi burlón. ¿Dónde había visto la cara de ese hombre?

La comida se deslizó sin incidentes... Ricardo era feliz al lado de Alicia... Casi no se acordaba de su imprudente aventura.

Un camarero le entregó un telegrama ur-

gente. Ricardo algo turbado quiso guardárselo sin leerlo, pero Alicia le advirtió:

—Lea el telegrama... Quizás es importante. Abrió Ricardo y leyó para sí:

No podemos remitir fondos sin recibir pedidos. Díganos causa alteración itinerario y si ha perdido el juicio alojándose en un hotel de millonarios. Conteste.

Thomas Dwiggins."

Guardó el papelito azul y dijo:

—Es uno de mis socios... Me pide un consejo acerca de cierto asunto...

—¡Oh, los negocios no le dejan a usted un momento tranquilo!—repuso la joven.

Tocaron un baile y Ricardo invitó a Alicia. Ella aceptó y fueron a bailar entre las otras numerosas parejas... Mientras lo hacían él murmuraba a su oído suaves galanterías...

Terminado el baile salieron ambos jóvenes al cercano jardín. Alicia le dijo entonces:

—Yo desearía que me diese usted un consejo, Ricardo...

—¡A sus órdenes!...

—Me da pena tener que molestarlo por una pequeñez estando ocupado en asuntos de tantísima importancia.

—Mándeme en todo...

—Heredé una fábrica de tejidos y como que los negocios van de mal en peor, es posible

que mamá y yo nos quedemos sin un centavo. Lea usted la carta que acabó de recibir.

Y le mostró el escrito del gerente Dwiggins.

Ricardo se asombró de aquella coincidencia. ¡Demonio! ¡La fábrica cuyo producto elástico viajaba él! ¡Qué casualidad!

Tenía ante él nada menos que a la nueva dueña de la fábrica. ¡Si Alicia supiera que él era un simple viajante!

¡Ah, loco, loco! ¿Adónde le conducirían sus mentiras?

Siguió la farsa y respondió con su audacia característica:

—No sabía que estuviese envuelta en dificultades de esa naturaleza...

—¿Cree usted que mi caso es grave?

—¡Regular! Precisamente se trata de un asunto que a mí me interesa... remotamente... Y le prometo que me ocuparé de ello con el mayor interés.

Volvieron al comedor...

La fiesta se prolongó todavía hasta altas horas de la noche. Después se retiraron todos, prometiendo Ricardo hacer todo lo posible por Alicia.

* * *

Para Ricardo tenía ahora extraordinaria importancia el vender el "Elasto-Impermeable", la mejor tela para deporte del mundo...

Con sus ventas se salvaba la fábrica de Alicia y con ella la fortuna de esta adorada criatura.

Y el interés de la mujer que amaba hizo más intensa su audacia y más fuerte su deseo de triunfar.

¡Vaya si vendería!

A la mañana siguiente, nuestro viajante se echó a la calle con las muestras en la mano.

Dirigióse a los grandes almacenes Jordán. Si allí le hacían pedido todo estaba ya salvado, pues era la casa principal de la ciudad.

Mostró su tarjeta a un empleado.

RICARDO SHELBY

Viajante de la Fábrica Nacional de Tejidos
Ropas hechas para Deportes
Marca "Elasto-Impermeable"

El dependiente le dijo que pasase al despacho del señor Jordán. Ricardo entró y vio a

un caballero de mediana edad que en plena sala estaba jugando al golf.

Se acercó a él y le dijo:

—¿Acostumbra usted tirar la pelota donde usted quiere o va la pelota donde ella quiere?

—¡Alguna vez!—contestó Jordán que era un aficionado loco—. Yo no quiero decir que siempre...

—Pues yo le aseguro a usted que usando un traje Elástico, la pelota va siempre donde el jugador quiere que vaya...

Y Ricardo le mostró el traje que llevaba de tela elástica e impermeable haciendo verbosamente la propaganda del artículo..

—Espaldas completamente elásticas que se estiran en un momento de necesidad y permiten los más violentos movimientos.

Habían paseado por la tienda, pero de pronto vió Ricardo a Alicia y a Enrique que habían entrado a comprar unos géneros.

Se agachó inmediatamente obligando a hacer lo mismo al señor Jordán y frotando sus pantalones contra el suelo.

—¿Ve usted?—le dijo—. Los trajes de tela Elasto no se encogen ni permiten la formación de rodilleras.

—¿Oiga, joven! No tengo costumbre de andar de hinojos como un penitente—le gritó Jordán—. ¿Me ha tomado usted por otro?

Ricardo arrastró al comerciante hasta otra sala y le dijo:

—La idea era ésta... Con un traje de Elasto

puede usted andar a gatas todo lo que quiera sin que el género se resienta...

—Bueno, ¿y qué?

—Vamos al campo de golf y le probaré a usted que con un traje de Elasto no se pierde un tiro...

Como Jordán era un verdadero chiflado en cuestiones de juego aceptó ir con el viajante.

Llegaron al cercano campo.

Ricardo seguía pregonando las excelencias del vestido.

—¿Quiere usted dejarme jugar en paz?—le dijo Jordán en el momento de lanzar la pelota.

—Sí... pero con mi traje haría mejores jugadas.

Jordán tiró la pelota, y ésta fué muy lejos del lugar donde quería colocarla.

—¿Ve usted?—le dijo, enfurecido—. ¡Allá va la pelota! ¡Donde yo no quería que fuese!

—¡Es el traje... es el traje!—respondió Ricardo—. Si jugase con el mío le daría mayor libertad y elasticidad de movimiento. Fíjese usted ahora en lo útil que es para el jugador el traje de Elasto.

Y pegó a su vez a otra pelota que fué directamente hacia el objetivo, ante el asombro de Jordán.

—¡Recta como una flecha!—dijo Jordán.

—¡Es el traje!

Jordán comenzaba a convencerse.

—¿Y da calor en invierno?

—¡Ya lo creo! ¡Como que está hecho a prueba de reumatismos!

—¿No exagera?

—¡No!... Además, un nadador provisto de Elasto cruzará el Canal de la Mancha sin mancharse... Las eminencias médicas, los abogados especialistas en divorcios, la alta banca y las estrellas de cine, todos aconsejan el uso de los trajes Elasto...

Aparecieron Alicia y Enrique... Este sonreía, irónico, ante Ricardo. Al fin había descubierto lo que ocurría... En cierta revista ilustrada acababa de ver un retrato de Ricardo Shelby con un letrero que decía: "Nuestro señor Shelby, viajante del Elasto, sólo usa ropa elástica impermeable."

¡Valiente personaje! ¡Y aquel pobre viajante se las echaba de millonario y pretendía casarse con una muchacha como Alicia! ¡Había que desenmascararlo lentamente!

Alicia saludó a Ricardo y le dijo:

—¿Se ha ocupado usted de mi asunto?

—¡Ya lo creo! ¡Ahora mismo me estoy ocupando de él! ¡Ya verá usted el éxito!

Mientras tanto Jordán decía a Enrique:

—Ahora comprendo por qué no doy con el palo en la pelota. Este traje que llevo parece que me ata los brazos...

Enrique se echó a reír y le dijo:

—¿Por qué no se pone usted en contacto con el viajante de trajes Elasto que esté más cerca?...

Y sus ojos miraban burlones a Ricardo.

—¿Usted también ha oído hablar de los trajes Elasto?

—¡Ya lo creo!

—¡Otro cliente en perspectiva!—dijo Jordán, riendo y avanzando hacia el sitio donde estaban Alicia y Ricardo.



—¡Otro cliente en perspectiva!

Jordán, cada vez más convencido de las ventajas del traje, dijo a Ricardo:

—Shelby, enséñeles cómo tira la pelota donde usted quiere...

Y Ricardo, que era un perfecto jugador de golf, lanzó la pelota al sitio designado.

—¿No hay duda de que es el traje!—dijo Jordán, sonriente.

Alicia y Enrique marcharon del campo y Ricardo quedó haciendo la propaganda de su artículo con el famoso comerciante Jordán.

Este le dijo de pronto:

—¡Déjeme poner su traje Elástico!

El viajante le prestó la americana y Jordán tiró de nuevo la pelota, y quiso la casualidad que esta vez acertase.

—¡Tiene usted mucha razón!—exclamó—. ¡Vaya si es el traje Elástico lo que hace triunfar!

Comenzó a llover... Ricardo se volvió a poner su americana.

—Llueve—dijo Jordán—. Ahora veremos si el Elástico es tan impermeable como usted dice...

—No le hace que llueva... Quiero probarle a usted que el Elasto resiste hasta el Diluvio Universal.

Y en efecto. Llovió a mares y Ricardo se mojó también como el mismo Jordán.

Ricardo estaba asustado al ver que su traje no era tan impermeable como parecía. ¡Qué extraño! Hasta entonces habían dado siempre aquellas telas un magnífico resultado y ahora...

Pero era preciso disimular y aunque iba calado hasta los huesos, aseguró muy formal

que el agua no le había traspasado en lo más mínimo.

Jordán, que parecía haberse tomado un baño en el Jordán, le dijo creyendo de veras en la impermeabilidad del otro traje:

—¡Me ha convencido usted!... En breve le haré, me parece, un gran pedido... Pero ¿no me dará usted un traje gratis de prueba?



El viajante le prestó la americana...

—¿Por qué no?... Le regalaré a usted un traje de muestra que tengo en la maleta que dejé en su almacén...

—Gracias, amigo... Y volveré aquí luego

aunque lluevan mangas de aguas, para probar el traje.

Se despidieron, y Ricardo, totalmente mojado, regresó al hotel con el alma henchida de optimismo pensando que el gran pedido de Jordán se acercaba.

Fué a su habitación y cambiósese de traje... Era raro que el Elástico se hubiese mojado de aquel modo. Tal vez aquel terno era de una calidad imperfecta. No dió importancia al caso.

Jordán le haría seguramente un estupendo pedido... Comprobado que aquel vestido daba mayor rapidez para el juego de golf, su fortuna estaba hecha. Y salvada la fábrica de Alicia... Y habría sido él, el humilde, pero audaz viajante quien habría realizado el milagro...

Alegre, jovial, dijo a un groom del hotel:

—Vaya a ver al florista y cómpreme una docena de flores más frescas que tenga... Y dígame al administrador que lo apunte en mi cuenta...

Como estaba seguro de que en breve sería rico, no reparaba en gastos.

El chico le tendió la mano para la propina. Y Ricardo contestó:

—¡No tengo suelto!... Pídale un dólar al florista para la propina y que lo apunte en la cuenta de las flores.

El muchacho fué a cumplir el encargo.

Sonó el timbre del teléfono. Ricardo cogió el auricular. ¿Quién era?

El director del hotel le decía:

—Señor Shelby... Aquí acostumbramos cobrar las cuentas todas las semanas por adelantado... Su cuenta ahora asciende a seiscientos cuarenta dólares.

Ricardo quedó viendo visiones, pero respondió:

—¡Gracias por habérmelo recordado!... A veces me olvido de esas menudencias... Tengo tantas cosas de importancia en la cabeza... Bajaré más tarde a verlo.

No le parecerían al director muy satisfactorias aquellas palabras, pues dijo al detective del hotel:

—¡Vigile a Shelby!... Nos está debiendo seiscientos cuarenta dólares y hay que impedir que escape. Enrique Thorpe me ha dado malos informes de él.

Ricardo se asustó ante aquella cuenta extraordinaria. ¡Horror! ¡Aquello subía ya demasiado!... Y si no venía pronto un pedido fantástico, le iban a meter en la cárcel...

Salió al corredor y encontróse con Alicia, quien le obligó a entrar en la habitación de ella, diciéndole:

—¡Enséñeme cómo lo hace usted para no errar el golpe en el golf!...

El joven le dió algunas lecciones y de pronto, sin saber cómo, cogió por el talle a Alicia y le dió un beso...

¡Cómo la quería! ¡Si supiese que por ella se encontraba en peligro!

La muchacha se dejó besar y abrazar. ¡Le quería!

La madre entró en la estancia, y furiosa vió a los dos jóvenes abrazados. Sin decir nada, pero con el odio en los ojos, pues quería casar a Alicia con Enrique, dijo:

—¿No oyes el teléfono, Alicia? Hace cinco minutos que están tocando...

—No me di cuenta... Es que Ricardo me estaba enseñando cómo agarrar el palo para no errar la pelota...

Fué al teléfono. Llamaba Enrique.

—¿Sabes si Ricardo está en el hotel? Queríamos invitarlo a una partida amistosa de póker.

—Veré si lo encuentro y le diré que lo esperan...

Alicia transmitió el recado a Ricardo. Este quiso excusarse, pero tanto insistió la muchacha que tuvo que ir a la sala donde Enrique con dos amigos jugaba a las cartas.

¿Cómo iba él a jugar si no tenía dinero?

Enrique había dicho antes a sus amigos:

—Ricardo Shelby es un farsante... No tiene un céntimo... y le obligaremos a perder y a caer en el más grande ridículo. ¡Conque, atención!

Ricardo entró en la sala, con Alicia y su madre, y sentóse a la mesa con sus compañeros de juego.

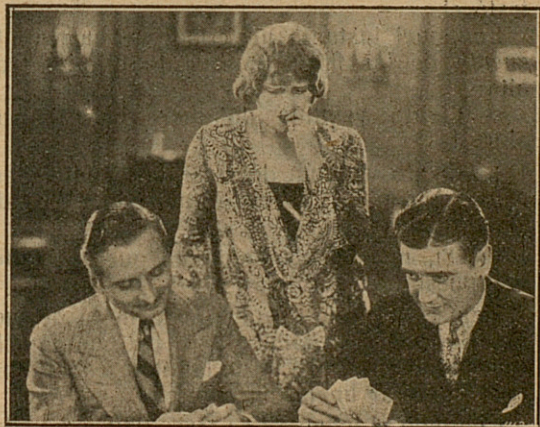
¡Tremendo compromiso!... ¡Sin un céntimo!

Enrique puso varias fichas ante él y el viajante preguntó:

—¿Cuánto importan estas fichas?

—¡Mil dólares!... Al terminar el juego rendiremos cuentas...

Las dos damas se marcharon de la habitación... No perder mucho ¿eh?



¡Tremendo compromiso! ¡Sin un céntimo!

Y comenzó la partida...

Y al cabo de una hora de estar jugando, Ricardo había perdido dos mil dólares.

De pronto llamaron al teléfono y un criado

que estaba en una estancia contigua advirtió a Ricardo que le llamaban.

Se levantó el joven.

Era Alicia quien decía:

—Ha sido usted muy amable en mandarme un ramo de flores tan precioso.

—Pensé que el mejor regalo que podía hacerle a una linda flor eran más flores—contestó el.

En aquel instante un criado le entregó la cuenta de las flores y Ricardo dijo en voz alta:

—¿Ciento veintiún dólares? ¡Esto es un abuso!

—¿Ciento veintiún dólares?—preguntó alarmada, Alicia—. ¿Eso es lo que le han costado las orquídeas?

—¡Oh, no! Mis compañeros querían saber mi apuesta de la última mano!

Dejó el teléfono y volvió a la mesa de juego. No podía quitarse de la cabeza aquella enormidad en el precio de las flores. ¡Si había para comprar un jardín entero!

Continuó el juego... Los tres compinches deseaban que siguiera perdiendo...

Momentos después volvieron a telefonear y de nuevo tuvo Ricardo que abandonar la partida.

—¡Soy Jordán!—dijo una voz.

—Hola, ¿qué tal?—exclamó Ricardo soñando en el venturoso pedido.

—¡Qué hola ni qué calabazas! ¡Es usted un sinvergüenza de marca mayor!

—¿Por qué dice eso?

—¡Me dan ganas de ir allá y desollarlo vivo!

—¡Señor Jordán!...

—No le hago ningún pedido de Elasto... Conque impermeable, ¿eh?... Si me desnudo, los pantalones me arrastran por el suelo...

Desesperado, Ricardo volvió a la mesa... Aun hubo de levantarse otra vez interrumpido por otra llamada telefónica.

Sus compañeros de juego se levantaban y volvían a sentarse...

Quien llamaba ahora era Alicia.

—¿Sabe usted quién ha llegado?—le dijo—. ¡Mi tío Timoteo Stanfield!

Ricardo se estremeció. ¡Cuántos conflictos caían sobre él! ¡Y Ricardo, que había estado usando la ropa de dicho señor, primer consejero de la fábrica!

Creyendo que había llegado para él el momento de la expiación, volvió a jugar.

Enrique y sus camaradas habían querido cambiar la carta a Ricardo, mas a pesar de todas sus trampas y ardides rufianescos, Ricardo ganó la partida... y con ella cuatro mil bonitos dólares...

El negocio había resultado funesto para unos... mas para Ricardo significaba de nuevo el sol entre las sombras de su alma.

Cobró encantado aquella cantidad que le permitiría atender sus compromisos.

Iba a marcharse cuando entró alborotada Alicia.

—¿No sabe? Han saqueado las habitaciones de los Stanfield... Se han llevado hasta la ropa de don Timoteo...

Ricardo se estremeció... Ahora llegaba el momento gravísimo... Y hasta el traje que llevaba era del Stanfield...

—El detective del hotel dice que el ladrón ha sido una persona del mismo hotel—siguió diciendo Alicia.

—¡Qué infamia! ¡Vayamos allá!

Marcharon todos... Enrique sonreía... y sospechaba.

Ya en el corredor Ricardo dijo a Alicia:

—Yo voy a mi habitación a buscar un rifle y a ponerme mi traje de caza...

Alicia, Enrique y los otros camaradas entraron en la habitación donde estaban Timoteo Stanfield y su esposa contemplando asombrados su equipaje revuelto y en el que faltaban varios trajes.

Ricardo, frenético, sin saber qué hacer, pensando en lo mal que iban a acabar las cosas, abrió distraídamente la puerta de escape que daba a la habitación de los Stanfield y vio a todos reunidos.

Quiso huir desesperadamente, pero Timoteo Stanfield corrió detrás de él alcanzándolo.

—¡Acabo de regresar de la fábrica! Los trajes de Elasto impermeable se venderán por todo el país como pan caliente...

Ricardo, asombrado y contento porque nada le decían del robo, exclamó:

—Pues la muestra que yo me puse dió tanto de sí que hubiera servido para dos personas.

—La muestra que usted llevaba no era de Elasto... Fué una equivocación de uno de los empleados de la fábrica.

—¿Es posible?

—¡Sí! Y hoy, Alejo MacGrawn, campeón de golf del mundo, ha ganado el campeonato vestido con un traje de Elasto...

Llegó en aquel momento Jordán y cuando Ricardo creía en la indignación del comerciante se encontró con que éste daba muestras de gran satisfacción. Acababa de saber por la calle cuando venía al hotel que el campeón de golf había ganado usando un traje Elasto... y eso le hacía cambiar de parecer.

Pero, ¿cómo el vestido que le había dado Ricardo no había resultado impermeable? ¿Por qué?

Ricardo explicó... Se trataba de una equivocación. Aquel traje no era elástico... le faltaban unas capas resistentes... Un error de la fábrica... Dos o tres trajes habían resultado imperfectos. Pero ya veía el éxito del campeón.

Se convenció e hizo un fantástico pedido.

Pero en la habitación de Stanfield volvió a hablarse del equipaje revuelto de los Stanfield y Enrique, malévolo, acusó a Ricardo de ladrón.

Y el viajante confesó entonces toda la verdad... la necesidad en que se encontró de usar trajes que no eran suyos... pero que había hecho todo aquello para contribuir al mejor éxito del negocio...

Y miraba suavemente a Alicia como si ésta fuera el objetivo.



Y la entrevista acabó triunfal para Ricardo...

Stanfield le perdonó su audacia, su travesura.

—Le nombro a usted gerente de la fábrica...

Ya ve cómo no le guardo ningún rencor... El elástico de su invención nos ha dado la fortuna.

Y la entrevista acabó triunfal para Ricardo... y con la derrota de Enrique.

Días después el genial Ricardo se casaba con Alicia. ¿Qué le importaba a ella que hubiese sido un humilde viajante?

El amor no conoce jerarquías... y quería la audacia y la juventud y el optimismo... Y de todo ésto tenía a raudales su maridito...

FIN

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplic.-MADRID

En breve:

Número Almanaque

de

LA NOVELA SEMANAL

CINEMATOGRAFICA

para

1929

Alarde de buen gusto artístico y literario,
como todos los años

Regalo de un lujoso álbum para coleccionar
las postales de L. N. S. C. de 1928

(5341) 11-2-1928

[B.]

